

〈Artículo〉

El revisionismo histórico : Una expresión del nacionalismo argentino*

Noriko MUTSUKI**

Introducción

En la Argentina, en las postrimerías de la década de 1920 apareció un conjunto de intelectuales, prontamente denominados “nacionalistas”, que a través de la prensa se embarcaron en activas campañas de difusión de sus ideas. Aun cuando las limitaciones que encontraron en su tarea de dotarse de una agrupación política estable los marginaron del sistema político regular, los notables esfuerzos que emprendieron para expandir su ideario les permitieron una influencia nada despreciable dentro de la opinión pública del país. Se trata del “nacionalismo argentino de la década de 1930”.

Este movimiento ideológico ha suscitado el interés a numerosos estudiosos, y muchos de ellos han abordado las afinidades que exhibe respecto al fascismo europeo o la influencia que habría ejercido sobre el peronismo¹⁾. Asimismo, relacionada con ellas, se ha adaptado muy ampliamente una distinción entre “dos corrientes” del nacionalismo : una “de derechas” o “elitista” y otra “de izquierdas” o “populista”²⁾.

A partir de estas investigaciones, este trabajo pretende reflexionar sobre el mismo tema, pero tomando distancia de ellas. Más allá de la relevancia de aquellos problemas, nos interesa mucho más indagar en torno a sus peculiaridades más “nacionalistas” o mejor dicho, analizar cómo los nacionalistas argentinos imaginaban su “nación”³⁾.

Para esto, resulta conveniente centrarse en el “revisionismo histórico”, una escuela historiográfica “disidente” emprendida por los mismos naciona-

listas. Mi interés está precisamente en su lectura de la historia argentina como una expresión “ideológica” que sería muy útil para conocer una Nación Argentina a la que ellos se agarraban por la necesidad de sus causas políticas. Aunque sea voluntarista y dogmática, más bien, por más que lo sea, será muy importante para entender su ideología “nacionalista” o en otras palabras, “las ideas y los modelos historiográficos de referencia que el movimiento utilizó” (Devoto 1993 : 18).

Desde esta perspectiva, se abordará fundamentalmente un conjunto de escritos ensayísticos, historiográficos y periodísticos de Julio Irazusta, su hermano Rodolfo y Ernesto Palacio, figuras relevantes del nacionalismo “elitista” : fundado el periódico *La Nueva República* en diciembre de 1927, lo siguieron publicando hasta noviembre de 1931 y tras la intervención en la Revolución del 6 de setiembre de 1930 que derrocó al gobierno de Hipólito Yrigoyen, desilusionados por el gobierno militar surgido de ella y su sucedido “conservador”, vinieron a reflexionar sobre el pasado del país⁴). *La Argentina y el imperialismo británico*, obra escrita en 1934 por los hermanos Irazusta, constituyó un punto de partida del revisionismo histórico, y Julio Irazusta alcanzaría luego repercusión como historiador representante de esta escuela.

Asimismo prestaré cierta atención a los nacionalistas argentinos de otra corriente “populista” : FORJA (Fuerza del Origen Radical de la Joven Argentina). Fundado en 1935 por los jóvenes yrigoyenistas de la UCR (Unión Cívica Radical), a través de discursos callejeros y publicaciones como *Cuaderno de FORJA*, este grupo desarrolló campañas antiimperialistas denunciando los privilegios otorgados a los capitales ingleses en Argentina, y luego muchos miembros se confluían en el movimiento dirigido por Juan D. Perón⁵). Aparte de algunos ensayos producidos muchos años más tarde por Arturo Jauretche y Atilio García Mellid, los forjistas elaboraron pocos trabajos claramente historiográficos. Aun así, no sólo en estos, sino también en los escritos de otros temas por el sostén teórico del antiimperialismo forjista Raúl Scalabrini Ortiz y Gabriel Del Mazo, se podría observar su manera de entender la Nación Argentina como ser histórico.

Como se ve, la clasificación en dos corrientes del nacionalismo argentino se apoya en las diferentes actitudes que uno y otro sector mostraron respecto a los grandes movimientos populares yrigoyenista y peronista. Pero ¿ las imágenes neorrepublicana y forjista de la Nación Argentina eran disímiles? Esto también constituye una de las preguntas que quisiéramos contestar en este trabajo.

En las páginas que siguen, se comenzará a dar cuenta de los perfiles literarios y políticos de los nacionalistas y reconsiderar su carácter “disidente” como historiadores. Se mostrará también que aun cuando *La Argentina y el imperialismo británico* es un libro insoslayable para la comprensión del revisionismo histórico, algunos de sus presupuestos pueden observarse en los artículos aparecidos en *La Nueva República* varios años atrás. A través de esta observación, se descubrirá ese inspirador importante, Rodolfo Irazusta, quien ha sido menos consagrado como historiador que sus colegas. Seguidamente se analizarán los rasgos que caracterizan las interpretaciones neorrepublicana y forjista de la historia argentina, sobre todo acerca del “dictador” Juan Manuel de Rosas y la tradición nacional. Finalmente, trataré de extraer algunas imágenes nacionalistas de la Nación Argentina.

I Una escuela “disidente” historiográfica

1 Los perfiles de los historiadores nacionalistas

Rodolfo y Julio Irazusta nacieron en una familia de estancieros de Gualeguaychú, Entre Ríos, en 1897 y 1899 respectivamente, y su colega neorrepublicano Palacio nació en 1900 en Buenos Aires. Julio Irazusta y Palacio se conocieron cuando ambos estudiaban en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, frecuentando las tertulias literarias. Eran “bohémios literarios” de moda en los años '20.

Desde en 1919 Julio Irazusta publicó artículos de crítica literaria en *Nosotros*. Es por estos años cuando recibió el favor de Manuel Gálvez y Leopoldo Lugones. En 1922 dejó la Facultad y comenzó a colaborar en *El Hogar*⁶. También se debe tener en cuenta que Palacio fue uno de los colaboradores más destacados de la revista criolla más emblemática de la década

de 1920, *Martín Fierro*.

En comparación con estos, Rodolfo Irazusta fue mucho menos “bohemio literario”, más bien interesado por la política : militaba en el radicalismo entrerriano no yrigoyenista desde su adolescencia. En 1923 junto con Julio viajó a Europa y en París se convirtió en asiduo lector de Charles Maurras de *L'Action Française*.

Con la iniciativa del hermano mayor Irazusta, que regresado al país enero de 1927 se emprendió la empresa de fundar un periódico político, y a la cual fue arrastrado Julio –quien regresó de Europa con Rodolfo pero con el deseo de vivir de crítico literario– y también se sumaron sus amigos, incluyendo Palacio. Tras sucesivos alejamientos por diversa extracción política e ideológica entre ellos se confirmó un grupo de redactores, todos maurrasianos (J. Irazusta 1975 : 176–178), y el 1 de diciembre del mismo año apareció en las calles porteñas *La Nueva República* con el subtítulo “órgano del nacionalismo argentino”.

Desarrollando en el periódico la campaña contra la “demagogia” de Yrigoyen, los jóvenes nacionalistas incitaron al general José F. Uriburu a un golpe militar de Estado⁷. Este golpe mismo se realizó, pero el gobierno provisional no duró mucho. Ante su fin, los neorrepublicanos lo atribuyeron a los que habían participado en la conspiración en el último momento o sean los políticos profesionales, “sobre todo –según Julio Irazusta– los de tendencia conservadora, supervivientes o herederos materiales y espirituales de aquellos oligarcas” (*La Nueva República* [en adelante : *LNR*], 10–X–1931).

Aquí se observa la decepción profunda de los “iniciadores del movimiento revolucionario” (se declararon así en “Declaración” de *LNR*, 5–X–1931). Ellos se sintieron simplemente utilizados por los del “Régimen”, adjetivado de “conservador” u “oligárquico”, que había dominado la República con anterioridad al gobierno radical.

Fue por eso que los neorrepublicanos cerraron su periódico en noviembre de 1931 y después de la vuelta a la normalidad constitucional en febrero de 1932, optaron por volcarse de modo más intenso al trabajo literario buscando individualmente medios en los que pudieran expresarse.

2 Política y Historia

Ello, sin embargo, no quiere decir su pérdida del interés por la política. Prueba de ello es que los hermanos Irazusta siguieron a través de la información periodística el desarrollo de aquellas negociaciones angloargentinas en Londres que llevarían al denominado Pacto Roca–Runciman o Tratado Roca firmado en mayo de 1933. Según Julio, la idea de *La Argentina y el imperalismo británico* surgió de una discusión entre los hermanos en su tierra natal Guleguaychú al día siguiente de la firma del Tratado (1975 : 209). En el libro publicado en el año siguiente, que tendría una participación destacada en encendidas polémicas “antiimperialistas” desatadas por el mismo Tratado, Julio se ocupó de las dos primeras partes, en las que analiza la misión y el tratado, en tanto que su hermano Rodolfo fue el responsable fundamental de la última parte titulada “Historia de la oligarquía argentina” (pp. 210–211).

Más allá de un análisis más detallado del contenido de la obra que haremos más tarde, para comprender el carácter “disidente” o “rebelde” del revisionismo, resulta necesario ver su repercusión en el mundo intelectual contemporáneo del país.

En cuanto se publicó la obra mereció el aplauso de personajes como Gálvez y Manuel Carlés, el presidente de la Liga Patriótica Argentina. Además, fue bien recibida aun por un prestigioso historiador como Emilio Ravignani, Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires⁸).

Sin embargo, el silencio que guardaron ante el libro los más importantes matutinos del país, *La Prensa* y *La Nación*, testimonia que la recepción no mereció la aprobación general. En marzo de 1935 los hermanos no tuvieron el honor de llevarse el premio municipal de Buenos Aires, pese a las activas gestiones de Palacio que era uno de los integrantes del jurado.

Sería su segunda desilusión por el establishment, tras la que les mereció el desempeño del gobierno de Uriburu. Y esta vez los afirmó en la creencia en un “complot” por parte de la intelligentsia oligárquica (J. Irazusta 1975 : 226–227) que marcaría profundamente sus carreras y en particular para

Julio, que en los años siguientes se dedicará casi exclusivamente a escribir sobre la historia argentina del siglo XIX. Ante lo que percibían como un fracaso, la investigación histórica se convirtió en un proyecto que era a la vez “refugio” de la política⁹).

El interés por el pasado que se evidencia en Julio Irazusta se adecua plenamente al nuevo lugar desde el que a partir de entonces se propone encarar su práctica política. Esto es más como orientador intelectual que como organizador del movimiento y las actividades de los grupos nacionalistas. Esta posición en la que se manifiesta la influencia del pensamiento de Benedetto Croce es explicitada por el mismo Irazusta. Reflexionando sobre la relación entre Historia y Política en 1935 señala que así como la historia “no se concibe independientemente de un criterio político, tampoco la buena política se emprende sin un conocimiento de la historia. Para el político, la historia es el eje del criterio interpretativo”¹⁰).

En este accionar político intelectual el enemigo principal lo constituían la intelligentsia oligárquica y su expresión historiográfica : la “Historia Oficial” de Ricardo Levene, Director de la Academia Nacional de la Historia y “paladín” heredero de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López¹¹). Así en *La historia falsificada* (1939) que se convertiría en algo así como un manifiesto de combate de parte de la historiografía nacionalista, Palacio denuncia en la historia oficial lo que percibe como una narrativa fraguada para servir de “justificación de la acción política de nuestras oligarquías gobernantes, o sea el partido de la “civilización”” (pp. 69–70). Los ámbitos –la prensa, la universidad y la enseñanza media– en los cuales esa oligarquía aseguró la circulación de su interpretación falsificada de la historia argentina terminaron por dar forma a lo que para el mismo autor constituía un “verdadero terrorismo de la ciencia oficial”¹²).

Cierto es que, como señala Cattaruzza (1993 : 118–119), esa marginación es relativa, ya que los revisionistas formaban parte del mundo de la “alta cultura”, y sus visiones y planteos políticos eran “mucho menos conflictivos para las opiniones dominantes de lo que se ha supuesto con frecuencia”¹³). En este punto, vale mencionar la relación ininterrumpida que los nacionalis-

tas mantuvieron con consagrados periódicos literarios¹⁴). También se debe tener en cuenta que en 1937 Julio Irazusta obtuvo aquel premio municipal de Buenos Aires con *Actores y espectadores* y ello lo reincorporó al gremio de los escritores (J. Irazusta 1975 : 228). En 1971 sería recibido aun por aquella Academia Nacional de la Historia.

Si ellos mismos se creían –o preferían reconocerse– en franca oposición a la historiografía de autoridad y por lo tanto, perseguidos o por lo menos alienados por lo que entendían como falta de espacios institucionales tanto en el aparato estatal como en el cultural en sentido más amplio, eso era atribuible al carácter “amateur” de su actividad historiográfica¹⁵). A la carencia de formación universitaria en tanto historiadores, se agregaban los defectos que muchos observadores apuntaban derivados de su estrecha relación con la política.

II La formación de la historiografía revisionista

1 Algunos conceptos históricos en *La Nueva República*

Aunque, como se mencionó, *La Argentina y el imperialismo británico* es un punto de partida en el revisionismo histórico, no es que de golpe despertara el interés de los autores por la historia argentina. Ciertamente es que, como recuerda Julio Irazusta (1971 : 1), su gusto intelectual en la juventud no se había inclinado por la historia. Pero más tarde, ya durante el gobierno provisional, tenía interés por el pasado nacional. Confiesa que eran en esos meses cuando leía las obras de Adolfo Saldías¹⁶).

Desde esta perspectiva resultan de un interés los artículos escritos por los hermanos Irazusta en el marco de la campaña antidemocrática emprendida por *La Nueva República*. En su primer número (7–XII–1927), Julio Irazusta hacía referencia al régimen de Rosas como uno de los basados en la “tradición argentina de gobierno personal”. Y cuando *La Nación* (12–II–1928) criticó lo que entendía como una exaltación “peligrosa” del tirano, Rodolfo Irazusta respondió valorando la vigorosa reacción nacional que había significado su oposición a la intervención anglofrancesa (*LNR*, 15–II–1928).

A la luz de las páginas del periódico, es precisamente Rodolfo Irazusta el

que por entonces parece más inclinado a explorar la historia argentina. Por ejemplo, en un artículo (publicado en *LNR*, 28-IV-1928), escribe que “los americanos somos latinos en la medida que somos españoles, que trajeron a esta tierra la iglesia Romana y la civilización grecolatina a que pertenecen”. Más tarde, reflexionando sobre la guerra con Brasil (1826-1828), lamenta de “la torpeza diplomática” de los gobernantes rioplatenses de entonces, liberales que habían “preferido la lucha ideológica al cuidado de los intereses permanentes del Estado” (*LNR*, 12-V-1928). Ya en mayo de 1929, rescata a Rosas como restaurador de la unidad nacional, no obstante “las fallas morales” que pueda haber tenido como persona (*LNR*, 2-V-1929).

La reflexión histórica de Rodolfo Irazusta se desarrollará más claramente con el progreso de su crítica a la “demagogia” yrigoyenista y al mismo tiempo, al Régimen oligárquico basado en el liberalismo. Denuncia abiertamente a la historia nacional “fabricada” con el objeto de explicar los errores y ocultar las infamias liberales (*LNR*, 28-VI-1930). Aparece ya el esbozo de una propuesta de reinterpretación de la historia argentina, que iría adquiriendo formas más precisas en las postrimerías del gobierno provisional. Ello se observa muy bien en un artículo aparecido en octubre de 1931. En el mismo asegura que después de la batalla de Caseros los vencedores “trataron en todo momento de cambiar la índole del país por medio de la escuela y de la Universidad, por medio del anticlericalismo, entonces de moda en Europa” (*LNR*, 29-X-1931).

Diferente de lo que se ha supuesto en común, en un conjunto de artículos pertenecientes no al hermano menor Irazusta –Julio, conocido historiador– sino al mayor, Rodolfo, aparecen los tópicos que darán forma al esquema básico de la historiografía que luego se llamará “revisionista”: 1) el origen español de la Nación Argentina; 2) el conflicto después de la Independencia entre los unitarios “liberales” y los federales “nacionales”; 3) la imposición de los valores de los primeros, vencedores de Caseros, en la organización nacional desde la segunda mitad del siglo XIX.

En cambio, Julio Irazusta, en la misma época, no escribió mucho sobre el país del siglo XIX. En una reseña a *El indio del desierto* de Dionisio Shoo

Lastra, declara que Rosas halló “la táctica que más convenía en la guerra contra los indios”, elementos peligrosos “para los pobladores cristianos” (*LNR*, 14–VII–1928). Esto nos parece acusar algunos puntos que caracterizarían a su futuro revisionismo: la estimación del caudillo como táctico militar y la imagen de los indígenas como enemigos salvajes que hayan obstaculizado la empresa cristianizadora del territorio iniciada por los colonizadores españoles. En este sentido la interpretación comparte no pocos aspectos de aquella dicotomía sarmientina, “civilización vs. barbarie”.

2 Historia de la oligarquía argentina

En *La Argentina y el imperialismo británico* se presentaron el revisionismo histórico y el antiimperialismo a la vez. Aquí no es el lugar para reflexionar sobre éste pero quisiéramos tener en cuenta algunos de esos aspectos, porque creo que son importantes al entender aquél.

Lo que los hermanos Irazusta expresan en el libro es un antiimperialismo, pero sin crítica al imperialismo británico en sí. En cuanto a la diplomacia inglesa con la cual el imperio ha promovido su comercio exterior y extendido su esfera de influencia, no la castigan moralmente sino más aún dirigen una mirada de envidia. Por ejemplo, al referirse a la independencia del Uruguay, elogian por la “técnica perfecta” que los diplomáticos ingleses habían mostrado para “debilitar el Estado poseedor de las ricas tierras que baña el Plata”, es decir la Argentina (R. y J. Irazusta 1934: 164). Viendo en este caso una aplicación del método tradicional conocido como “Balance of Powers”, los autores la consideran una manera muy eficiente para realizar el interés “público” del imperio.

Esto acusa una perspectiva “de física política” (p. 55), en la cual se basa su observación sobre los fenómenos de política internacional. Para los hermanos Irazusta, es una premisa dada previamente que viven en la época del imperialismo en que rige la ley del más fuerte. En “Power Politics”, querer ser potencia y extender su influencia fuera de sus fronteras es una razón de Estado muy natural y jamás acusable. Desde este punto de vista si un país sujeta al imperialismo extranjero, por más que sea codicioso, el más culpable

no es éste sino aquél indefenso a la invasión desde afuera. Pienso que esta premisa de la competencia internacional como juego a vida o muerte se reflejaría mucho en el punto de vista irazustiano de la historia argentina.

Y recordemos también que la tercera parte de dicho libro fue escrito por Rodolfo Irazusta. Eso no es extraño teniendo en cuenta que ya en *La Nueva República* éste trataba del tema más que otros redactores¹⁷⁾.

Rodolfo Irazusta afirma en el libro que el escaso éxito obtenido por los negociadores en Londres, lejos de ser casual o fruto de falencias personales, sólo encuentra explicación en el marco de la historia. Para ello explora los orígenes de la clase dirigente argentina : “En cuanto es posible fijar con precisión el nacimiento de los seres morales, la oligarquía argentina vino a la luz el 7 de febrero de 1826”, día en que Bernardito Rivadavia fue elegido como primer presidente del país y apareció “una escisión irreconciliable” en los revolucionarios de Mayo, escisión entre los unitarios y los federales (p. 138).

En las negociaciones que condujeron al tratado de paz con Brasil, el autor encuentra la inclinación casi natural de los unitarios o de la oligarquía a escuchar los “consejos” de “su amigo” extranjero. Se trata de la idea del gobierno inglés, transmitida por Lord Ponsomby, ministro de S.M.B. en el Plata, de erigir en la Banda Oriental un Estado independiente. Y lo explica por los vicios innatos de la clase dirigente argentina : “la tenacidad con que ansía el poder cuando su conservación [del territorio nacional] le era tan difícil, la inocencia con que identificaba su persona con el orden y la oposición con la anarquía, la obcecación que lo llevaba a preferir la deshonra y la amputación de la patria al abandono de la lucha por sus principios” (pp. 143–147).

En la época de Rosas los unitarios rivadavianos emigraron, pero Rodolfo Irazusta subraya la continuidad de su mentalidad conspirativa : difundida por intelectuales como Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, su ideología se convirtió en “la religión del progreso y la civilización” (pp. 169–170), y luego de la derrota de Rosas en la batalla de Caseros en 1852, comenzó a ejercer gran influencia en la política del país. Un año después el partido unitario sancionó la Constitución Nacional “liberal” para “desnacionalizar a los argentinos”, “sistematizar el antipatriotismo, cambiar totalmente

al país, su índole, sus costumbres, sus ideas, su religión, su carácter. Nada de tradicionalismo latino español ; nada de catolicismo” (pp. 195–196).

Con motivo de la promulgación de esta Constitución, la oligarquía se reorganizó. A los emigrados unitarios “se agregan muchos elementos de la alianza accidental con los federales de Justo José de Urquiza, pero no de los más calificados. Concurren luego los viejos núcleos unitarios del interior, que vivieron agazapados, amenazantes, bajo el gobierno de Rosas. Data de entonces la gran inmigración mediterránea a Buenos Aires. Al mismo tiempo ingresan multitud de aventureros de todo origen extranjero, europeos y americanos” (pp. 196–197).

Todas estas descripciones de la tercera parte del libro constituyen las bases del revisionismo histórico irazustiano que se desarrollaría sobre todo en las obras de su hermano Julio y Palacio. Sin embargo, Rodolfo Irazusta escribiría muy pocos trabajos claramente historiográficos, aun cuando participaría en las instituciones vinculadas a esa actividad.

Y es interesante señalar que en la interpretación acerca de la historia argentina del siglo XIX, los forjistas mostraban ciertas reticencias frente a los aportes del revisionismo histórico neorrepublicano. Jauretche (1959 : 30–31) confesaría : “Como he llegado tarde a ella [la “posición de vanguardia” revisionista], y en realidad sólo soy un divulgador del trabajo de otros, puedo decir ese mérito sin que me comprendan las generales de la ley [de la historia], mostrando las dificultades que enfrentaron los hombres de mi generación, y en el caso particular esos historiadores”.

Esta tardanza causaría la escasez de trabajos historiográficos forjistas. También sería tal vez porque su nacionalismo económico dirigido por Scalabrini orientara su interés a temas limitados de la historia argentina, fundamentalmente los conflictos entre el librecambismo y el proteccionismo¹⁸⁾.

Por otra parte, resulta muy probable que en el diario *Reconquista* fundado en noviembre de 1939 por Scalabrini con sus fondos personales, donde tanto los forjistas como el trío neorrepublicano acudieron para apoyarlo, ambos grupos se influyeran mutuamente. No está claro cuándo se inició la relación entre los neorrepublicanos y Scalabrini, pero ya en los años '1920 éste,

igual que Palacio, participó en *Martín Fierro*. Más allá de sus diferencias, los bohemios literarios de la década de 1920 se mantenían al tanto de sus respectivas actividades intelectuales con no poco interés y cierta simpatía¹⁹. Teniendo en cuenta esta relación, resulta tentador pensar que a través de ella, el revisionismo histórico neorrepublicano daría influencia en las percepciones forjistas del mismo tema.

III Rosas y la tradición argentina

1 El rosismo

Cierto es que el revisionismo histórico tuvo la repercusión por su “rosismo”, pero la revalorización de la época dominada por “la dictadura” de Rosas había comenzado ya en las últimas décadas del siglo XIX. Con *Historia de la Confederación Argentina : Rosas y su época* y *La época de Rosas*, obras publicadas por Adolfo Saldías y Ernesto Quesada respectivamente, se había iniciado el examen de un personaje y una etapa de la vida del país que hasta entonces constituía poco menos que un tabú para la historiografía argentina²⁰. Luego, en el contexto del ascenso al gobierno del radicalismo – cuando las modalidades del liderazgo de Yrigoyen incitaban a la búsqueda de analogías entre el caudillo radical y el gobernante derrotado en Caseros– numerosos trabajos continuaron desde diferentes perspectivas políticas esa misma línea de investigación y no pocos de ellos tuvieron un éxito comercial nada despreciable, lo que se denominaría “el boom de Rosas”²¹.

Por su larga ausencia en el país (1923–1927), Julio Irazusta no había presenciado el *boom* en la década, pero después de regresar de Europa parece haberse sentido muy atraído por “la buena orientación del movimiento empezado hace unos años en favor de esa época tan ignorada de la historia argentina” como dirá él mismo (*El Hogar*, 26–VIII–1932).

Sin embargo, la revalorización de Rosas por parte de los neorrepublicanos era en cierto modo problemática. Antes de la Revolución de 1930, ellos sentían viva animadversión por el Yrigoyen popular al que veían como un demagogo “vulgar” o “plebeyo” y consecuentemente no podía suscitarles sino reparos una figura a quien por entonces era muy corriente ver como un ante-

cedente del caudillo radical²²⁾. Por otro lado, para los hermanos Irazusta, su condición de entrerrianos y los antecedentes urquicistas de su familia²³⁾ también hacían poco sencillo el rescate de la figura de Rosas.

Despejó a los nacionalistas de tales reparos, eso quizás se haya atribuido a su observación de la negociación angloargentina en 1933. Hasta que a través de ésta hubiera obtenido un punto de vista “antiimperialista”, ellos, sobre todo Julio Irazusta, no habrían podido ser historiadores.

El rosismo se expresaría con la fundación del Instituto Histórico de Juan Manuel de Rosas en 1938 y sobre todo en *Vida Política de don Juan Manuel de Rosas* publicado por Julio Irazusta desde 1941. El primer Instituto es importante en el sentido que con éste la corriente historiográfica “disidente” se dotaba de su propia institución en el mismo año en que la oficial se reorganizó en la Academia Nacional de la Historia dejando de existir la anterior Junta de Historia y Numismática Americana²⁴⁾.

Sin embargo, las líneas fundamentales del rosismo revisionista que veremos en seguida ya se manifestaron en algunos escritos anteriores de Julio Irazusta: aparte de *La Argentina y el imperialismo británico* citada arriba, “Centenario de la conquista del desierto [I y II]” publicados en *El Hogar* en 1933, “Ensayo sobre el año 20 [I-V]” en *Gaceta de Buenos Aires* en 1934 y *Ensayo sobre Rosas* en 1935²⁵⁾.

Como Julio Irazusta mismo confesará en su *Adolfo Saldías*, folleto publicado en 1964, no cabe dudar de que su rosismo se inspiraba mucho en las obras del historiador precursor. Allí le agradece el haber mostrado dos aspectos fundamentales del caudillo: el elemento campesino que con Rosas entró desde 1820 a dar nueva base al viejo Estado criollo, y la gloriosa resistencia a la intromisión anglofrancesa, resistencia con que salvó la existencia de la patria y concluyó felizmente la empresa de la emancipación nacional comenzada por el libertador San Martín (pp. 6-7).

En ese reconocimiento aparecen los motivos centrales que acusa el rosismo irazustiano. En primer lugar, y ante todo, para los nacionalistas, Rosas es defensor de la soberanía argentina contra dos intervenciones europeas: la francesa en 1838 y la anglofrancesa en 1843. Subrayando la posibilidad de

haber acarreado una gran catástrofe en la unidad nacional, asegura que, en cambio, “la fuerza de Rosas, la habilidad de su maniobra, amenazaban los ulteriores progresos del imperialismo europeo en América” (R. y J. Irazusta 1934 : 178).

Ello, sin embargo, no comportaba en los rosistas un culto incondicional al héroe. Julio Irazusta (1935 : 56) reconoce que Rosas tampoco había sido perfecto desde siempre : cuando apareció en los sucesos del año 1820 el caudillo apoyaba el “localismo porteño” ; aun después de asumir el poder, “no había transformado la economía del país” sino aprovechado “el privilegio concedido a Buenos Aires por el régimen de Carlos III y los rivadavianos”. Pero, a juicio de los revisionistas, “reformular la economía, redactar la Constitución, antes de realizar la unidad nacional, hubiese sido poner la carreta delante de los bueyes. Y él no era pueblerino como Rivadavia, sino hombre de campo, que sabe cómo se ata una carreta” (R. y J. Irazusta 1934 : 178). Aquí se nota una estimación positiva de “la habilidad” del caudillo como estadista u hombre de gobierno que tiene siempre buen juicio para operar frente a los problemas políticos concretos.

En segundo lugar, se observa también un prototipo irazustiano de dirigente nacional inspirado por Saldías. Confiando en la mayor lucidez de la cultura rural respecto a la que muestran los hombre de la ciudad, los revisionistas se imaginan como un “hombre de campo”. El apego a la tierra es una condición indispensable para el dirigente político argentino y lo encuentra en Rosas, quien había propuesto “la fundación de una Sociedad de Labradores y Hacendados para el auxilio de la política de campaña” (R. y J. Irazusta 1934 : 185). Julio Irazusta no deja de elogiar “la milicia de la campaña del Sur” que Rosas organizó para la defensa de la frontera contra los indios y la “férrea reglamentación de los peones de sus estancias”. Pues, “eran exigencias indispensables del medio en que actuaba, como le sucede a todo pioner” (*El Hogar*, 27-X-1933).

En cuanto a la asunción de la suma del poder público por el gobernador bonaerense en 1835, para el mismo autor, no era producto de ambiciones personales sino una medida genial impuesta por las circunstancias. En

aquella época “sin facultades extraordinarias, el poder de los enemigos podría en el caso de atropellar la ley para salvar el orden, o desacreditarse permitiendo la anarquía dentro del respeto a la ley” (1935 : 67–68). Lejos de ser un tirano como los liberales y su historiografía han preferido ver, Rosas—según Irazusta—no fue más que un gobernante responsable que ejerció “el derecho de represión que se admira como energía en los gobiernos civilizados, contra la oposición interna aliada del enemigo”²⁶⁾.

Y asegura que esta manera de centralizar todo el poder en una persona, es decir, el discrecionalismo, es una tendencia del desarrollo político argentino, un resabio “de la índole de la autoridad en el régimen colonial” y “más importante en nuestro régimen político que la limitación de la jurisdicción ejecutiva” (1935 : 68–69). Desde este punto de vista, Rosas era un gobernante muy leal a la tradición del Virreinato.

Se encuentra un similar rosismo en algunos trabajos escritos por los forjistas. Allí en una dicotomía entre el proteccionismo y el librecambismo, el gobernador bonaerense del siglo IX aparece como uno de los raros precursores del primero en la Argentina Independiente²⁷⁾.

Sobre todo para García Mellid (1957 : 237), Rosas es defensor de la soberanía nacional argentina que “el Libertador general San Martín mantuvo inalterable”. En el mismo libro escribe también que “Rosas, hombre de orden y representante del más destacado de los estancieros bonaerenses, comprendió que el orden y la disciplina carecían de sentido si no provenían de un estado social justo y libre. Y volvió sus ojos hacia el pueblo : cimiento imprescindible en que debe asentarse un orden de justicia y un régimen de libertad” (p. 235).

2 La continuidad de una raza europea

El nacionalista Julio Irazusta (1934 : 75–76) cree en “la naturaleza de las cosas y el sentimiento de los habitantes de todo el territorio que hoy es la República Argentina procurasen también la unidad”. Así la historiografía irazustiana presupone una Nación Argentina que se hubiera formado durante el Virreinato, es decir anterior a su República o sea Estado. Es también pre-

suposición compartida entre los revisionistas neorrepublicanos, y cuyo defensor más apasionado encontramos en Palacio, quien declara que “somos españoles ; mejor dicho, somos la prolongación de España en el Río de la Plata, por la persistencia entre nosotros de los dos elementos diferenciales, constituyentes de cultura, que son la religión y el idioma” (1939 : 62).

Por más mala fama que tengan por su crueldad, los conquistadores son imaginados por Julio Irazusta como grandes civilizadores. Escribe en un artículo publicado en *El Hogar*, 11-X-1935 : “La aparición de los españoles en nuestro continente es para nosotros más importante que la vida de los pueblos aborígenes hasta el momento de aquella aparición. [...] La historia universal registra muchos casos de choques cíclicos entre dos grandes civilizaciones opuestas, choques de los que resulta una nueva civilización, mezcla de aquellas dos en proporciones más o menos parejas. Y hasta se ha visto que la civilización de los vencidos predominara netamente sobre la de los vencedores, como en el choque de Grecia con Roma”.

En el Plata, sigue escribiendo, ese enfrentamiento dio por resultado en cambio, “la absoluta eliminación de toda influencia indígena decisiva en el nuevo establecimiento. Hasta el punto de que el conquistador español impuso a los naturales de nuestro territorio, no sólo sus leyes, sus costumbres y sus creencias, sino también su sangre, en una espléndida demostración de lo que puede el espíritu sobre la materia. No habiendo rehusado mezclarse con los naturales, su influencia en el carácter físico de la población criolla fue mayor que la de aquellos”.

Y concluye, o mejor dicho repite la declaración de su hermano hecha en *La Nueva República* : “Somos europeos en América. [...] nuestros orígenes se confunden con los de España, no con los de la vaga humanidad que habitó los lugares de nuestra patria actual sin imprimirle su sello, de modo que el hombre parecía ser de la tierra, más que la tierra del hombre. Nuestra historia podría remontarse, como la de España, hasta Roma y Tiro, y por ellas hasta la tradición más antigua del mundo. Y dentro de nosotros actúan los elementos de esas antigüedades”.

Ahora bien : en este desarrollo histórico que se visualiza como inin-

terumpido desde “la aparición de los españoles en América”, ¿qué significado tiene la independencia argentina? Ocurre que nuestro revisionista apenas se detiene en ella. Es como si le mereciera escasa relevancia. Las frases de *La Argentina y el imperialismo británico* que transcribimos en seguida (pp.140-141) son una de las pocas ocasiones en que tanto Rodolfo como Julio Irazusta se refieren directamente al proceso revolucionario. Aludiendo a Carlos III señalan :

“Los hombres de que se rodeó, un grupo de aristócratas poseídos por el espíritu del siglo XVIII, inquieto y escéptico, transformaron al Estado que fuera paladín de la Iglesia, en el primer Estado anticlerical de Occidente. [...] fueron los gestores de la expulsión de los jesuitas, expulsión que tanto interesaba a la masonería británica y al gobierno portugués, cuya secular ambición de llegar hasta el Plata hallaba el mayor obstáculo en las Misiones de la Compañía. La iniciación de esa política de ideas coincide con el abandono de la política de prestigio. Su complemento en el terreno económico es la reforma preconizada por Jovellanos, otro de los grandes ilustrados, consistente en dar a la agricultura preferencia sobre la industria fabril”.

“Con lo cual”, los autores agregan, “España abandonó la lucha por el predominio comercial en América, que en adelante había de ganar poco a poco su rival, Inglaterra. [...] No es extraño que el torpe injerto secase el árbol de su imperio. Aquellos hombres cultísimos, que habían impuesto despóticamente el progreso, provocaron la ruina de su patria. La declinación del poderío español facilitó la emancipación de los pueblos americanos que se hallaban bajo su dependencia. Y los argentinos deberíamos agradecer a quienes la provocaron, si ellos mismos no hubiesen sembrado la semilla de los desastres que acompañaron a nuestra independencia”.

Palacio, por su parte, lleva a un más lejos esta interpretación del significado del proceso revolucionario independentista. Para este autor, Argentina al emanciparse de la tradición española no hizo sino “seguir el camino de la metrópoli, que también se había apartado de aquélla, como se comprueba por la formación mental de los prohombres de nuestra revolución” (1939 : 53).

Este concepto de formación de la nacionalidad argentina previa a su Estado es compartido por muchos forjistas. Por ejemplo, Del Mazo (1945 : 7 –10) subraya el significado de la Independencia, pero así en el proceso formativo de “la personalidad nacional” argentina. Y García Mellid (1957 : 33), así como los revisionistas neorrepblicanos, declara que “toda la catolicidad y la romanidad y la hispanidad estuvieron trabajando para nosotros mucho antes de que se constituyera La Nación Argentina” y sigue : “Estas sustancias fundadoras [...] dibujan las fronteras en que se configura nuestra vida. Asimiladas y fundidas en el crisol de las virtudes nativas, esas esencias nos dieron una honda y propia espiritualidad. Este es el punto de arranque para todas nuestras meditaciones ; cuanta empresa quiera asumirse tendrá validez y vigencia en la medida en que se mantenga fiel a esos principios animadores. Por el contrario, todo cuanto se aparte de ellos, resultará extraño y nocivo”.

IV Dos imágenes de la Nación Argentina

1 Un estado–nación rioplatense

En lo que hemos observado arriba, se advierte que al hablar de la Nación Argentina los neorrepblicanos la suponen como una entidad nacida espontáneamente de la misma sangre. Estos revisionistas históricos definen al argentino como descendiente de los españoles cristianos que habían venido a evangelizar a los indios en la cuenca del Río de La Plata y fundaron allí un virreinato. Imaginan algo así como un árbol genealógico en que el argentino o rioplatense es una especie del americano hispanocatólico cuyo origen se puede remontar, más lejos, hasta la tradición grecorromana.

Esto, dicho de paso, constituye una identificación preferida no sólo por ellos sino observada más ampliamente entre los nacionalistas argentinos desde Lugones (1916 : 8) hasta José María de Estrada. Este nacionalista de una generación más joven que la de los neorrepblicanos, subrayando el nacionalismo “nunca oponiéndolo a un auténtico universalismo” (De Estrada 1956 : 74), niega la “especie de nacionalismo de tipo telúrico e indigenista, que por circunstancias demográficas suele tener no poco éxito en algunos

países sudamericanos y que, so pretexto de amor a lo indígena, es adverso a los valores más serios de nuestra tradición y nuestra cultura, y de un modo especial a la fe católica, abominando también de la obra civilizadora de España en América” (p. 78).

Con todo, se podría decir una imagen de nación de tipo “cultural”, lejos de la idea del Derecho Natural o de Gentes, ya que ésta es presuposición de nación “política”, digamos nación basada en un contrato social voluntario²⁸). En este punto, me parece significativo que Palacio se había declarado en *La Nueva República* enemigo de la Revolución Francesa inspirada en “el contrato social” y “los Derechos del hombre”, definiendo éstos “un constante peligro para el mantenimiento de esa suprema realidad política que es la nación constituída” (*LNR*, 5-V-1928).

No es casual que el mismo Palacio se seguía declarando descendiente de “una raza” cuyo origen es “apenas un puñado de blancos españoles” que “hace más de cuatrocientos años vivía en el territorio que es hoy nuestra patria.” “[...] Fundaron ciudades, gobernaron provincias y villas, poseyeron encomiendas y fundos, guerrearon con indios, en cuyas manos varios perecieron. Sus descendientes lucharon por la independencia y la libertad, asistieron a congresos y asambleas, participaron activamente en las vicisitudes nacionales” (1954 : 13).

Desde luego que una Nación Argentina homogénea estaba mucho lejos de esa realidad. La sociedad argentina desde hacía muchos años tenía el carácter muy heterogéneo como producto del fenómeno inmigratorio. Sin embargo, más allá de eso, lo que me interesa es el por qué ellos creen o quieren pensarla de tal manera.

Es concebible que sean propensos a pensarlo por sus antecedentes familiares. Por ejemplo, parece que Julio Irazusta, aunque proveniente por el lado parterno de una familia de estancieros de no muy antiguo arraigo en el país y su madre era hija de alemanes recién arribados a la Argentina, gracias a la sangre de su abuela paterna ha creído que un linaje ilustre como el suyo es una condición para ser argentino legítimo y que la Nación debe estar compuesta por los hombres del “patriciado” ligados por sangre a los caudillos del

siglo pasado y más antiguamente, a los conquistadores. En este punto, sería acertado lo apuntado por Scenna (1976 : 239) acerca de la presunción de los revisionistas como “custodios de la tradición por derecho de herencia”.

2 Una nación americana que está formando su etnia

En la observación de arriba, la concepción forjista de la Nación Argentina no parece tanta diferente de la neorrepública. Resulta significativo señalar de nuevo cierta influencia recibida por aquélla de ésta, lo que se contradice con aquella distinción entre dos corrientes del nacionalismo argentino.

Sin embargo, no se puede concluir que todos los forjistas compartieran una imagen de la Nación Argentina. Encontramos una excepción pero nada menos importante en *El hombre que está solo y espera* de Scalabrini (1931). Este ensayo se puede entender como un producto de su corta experiencia personal en Europa (1923–1924) y como se ve, fue escrito antes de la fundación de FORJA. Pero la concepción de la Nación Argentina presentada en este libro se repetirá aun en otra obra del mismo autor, *Tierra sin nada, tierra sin profetas* (1946).

Scalabrini –nacido en 1898 en Corrientes pero ya desde su infancia se paso en Buenos Aires– se figura a la Nación Argentina a partir de su identidad como porteño. Según éste, “la tierra” argentina simbolizada por la Pampa tiene un espíritu generoso al hombre de cualquier origen. Buenos Aires, en que el espíritu se condensa, funciona como “agente catalítico” y “determina su inmediata combinación en un compuesto cuyas propiedades rechazan toda relación de parentesco con los progenitores : el agua”. El porteño es el ser como tal “agua” y, precisamente el prototipo del argentino, “hijo de nadie” sino “de la tierra” (Scalabrini 1931 : 19–22 y 38–39).

Es diferente de los mitos arreglados al principio de “estado-nación”. Estos en general, incluyendo el neorrepública que he mencionado arriba, se basan en la relación definida entre la Nación y su Estado : la nación fomentada naturalmente por una etnicidad forma su Estado propio. El mito scalabriniano supone que una nación artificial puede formar su etnicidad y su

propia organización estatal. Allí se considera que el atributo de una nación no reside en la existencia de una etnia originaria, sino que se define en el proceso por el cual un conjunto de aportes humanos heterogéneos van conformando una comunidad más rica y compleja. Al caso corresponde la nacionalidad argentina que todavía no se completa²⁹⁾.

Es el caso característico del nuevo continente, muy diferente de lo acontecido en el viejo mundo. Resulta no casual que Scalabrini, hijo de un italiano exiliado a Argentina, conoció directamente a Europa en su juventud. Lo cierto es que su concepto de la Nación Argentina se deriva por contraste de la experiencia europea. Cree que “el espíritu de la tierra” americana es tan generoso que posibilita la asimilación de los originarios de otros lugares. La sociedad argentina no es otra que una americana, por lo tanto, puede ser más avanzada y más humana. Cada uno de sus integrantes es igualmente libre por naturaleza, y por su “sentimiento colectivista” delega su derecho al Estado provisionalmente (Scalabrini 1931 : 71-72 y 86-87).

A modo de conclusión

Por más que fueran “argentinos sin esfuerzos”, los neorrepublicanos no dejaban de sentirse responsables para con su nacionalidad y de buscar algún valor que los hiciera sentirse orgullosos como argentinos. Sin embargo, les costaba mucho encontrar en el pasado del país una tradición que valiera la pena. Palacio la identifica con la tradición hispánica, pero los hermanos Irazusta prefieren remontarla hasta la cultura grecorromana(!). Aquí se puede observar, en un sentido amplio, el decadentismo del revisionismo histórico que ha sido señalado por Halperín Donghi (1985).

Pero a la vez, me parece indicar una vulnerabilidad fatal de este nacionalismo. Los nacionalistas argentinos “elitistas” –no sólo los neorrepublicanos sino también otros de distintas generaciones– están tan atraídos por la universalidad que rechazan su particularidad argentina y americana como nación. En otras palabras, a pesar de tomar apego a una etnicidad argentina, no quieren encararse a ella, que si bien existiera no sería tan homogénea como desean.

Sobre todo a los ojos de los neorrepublicanos, como si fuera una nación puramente argentina y americana tan marginal que faltaría condición para participar en la competencia imperialista. En este sentido, recuerda que el revisionismo histórico constituye otra cara de su antiimperialismo.

Y se puede concluir también que el revisionismo histórico era bien aceptado por los nacionalistas “populistas”. Ciertamente es que en el antiimperialismo forjista no se observa aquel elogio u envidia al imperio británico que se vislumbra en el neorrepublicanismo, sino que llena de la animadversión contra “la política invisible de la explotación capitalista” ulterior por Gran Bretaña, animadversión incitada por Scalabrini en el primer número de *Cuaderno de FORJA* en mayo de 1936. Teniendo en cuenta la gran influencia dada por el antiimperialismo de Scalabrini en el forjismo, es extraño que en la concepción de la Nación el sostén teórico del grupo no hubiera afectado a sus colegas. Sin embargo, para dilucidar ese porqué sería necesario otro trabajo.

* Este trabajo se basa en mi tesis doctoral presentada en junio de 2001 a la Universidad de Buenos Aires. Quisiera agradecer al Doctor Fernando Devoto, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, y también al Licenciado Juan José Santos del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” de la misma facultad.

**Estudiante de Doctorado, Escuela de Graduados de la Cooperación Internacional de la Universidad de Kobe. Correo electrónico : normna@attglobal.net

Notas

- 1) Por ejemplo, entre muchísimos, Troncoso (1957), Navarro Gerrassi (1965), Zuleta Álvarez (1975), Bárbaro y Devoto (1983), Buchrucker (1987), Rock (1993), Piñeiro (1997) y Devoto (2000).
- 2) Esta distinción fue presentada por los autores de la llamada “Izquierda Nacional” como Ramos (1957) y Hernández Arregui (1960).
- 3) En este punto, me inspiro en Anderson (1983), quien negándose la existencia de las naciones las considera como comunidades “imaginarias”. Sin embargo, me reservo acerca de su interpretación de que a través del “capitalismo-impreso” y “los peregrinos funcionarios criollos”, la imaginación como cada unidad comuni-

- taria nacional en el nuevo continente había comenzado ya antes de su independencia (pp. 62–65), interpretación que ponen en duda no pocos estudiosos latinoamericanos como Góngora (1986) y Chiaramonte (1997).
- 4) El revisionismo histórico argentino expresado por los neorrepublicanos ha sido estudiado por investigadores como Halperín Donghi (1970 y 1985) y más recientemente Quattrocchi Woisson (1987, 1995 a y 1995 b).
 - 5) Sobre la organización y actividades de FORJA, véanse las investigaciones elaboradas por Galasso (1968) y Scenna (1970).
 - 6) J. Irazusta (1975 : 66–68). En mayo del año siguiente, cuando *Nosotros* emprendió “una encuesta sobre las tendencias de la nueva generación literaria”, el joven entrerriano fue uno de los 28 intelectuales consultados junto a figuras de la talla de Jorge Luis Borges, Ernesto Laclau y Aníbal Ponce, entre otros (Sarlo 1982 : 219 y nota 8).
 - 7) Sobre esta campaña y la intervención de los neorrepublicanos en la Revolución de 1930, véase Nakagawa (2001 : Capítulo II).
 - 8) Entre los intelectuales de la misma generación, que recibieron favorablemente el libro, se encuentra Ramón Doll, un socialista que si en el pasado había polemizado con los redactores de *La Nueva República*, se convirtió luego en uno de los más activos propagandistas de las obras historiográficas de Julio y en particular de su *Ensayo sobre Rosas* (J. Irazusta 1975 : 212–216).
 - 9) Quattrocchi Woisson (1995 b : 302) lo señala usando las palabras maurrasianas : “a la luz del fracaso de su “politique d’abord” operan una reconversión importante que los lleva a refugiarse en “l’histoire de d’abord””.
 - 10) J. Irazusta (1935 : 64). En los años 20 él leía los artículos de Croce publicados en *La Prensa*, que “era –recuerda el mismo Julio(1975 : 71)– la mejor universidad accesible a los estudiantes irregulares” como él.
 - 11) Sobre los trabajos realizados en esta institución prestigiosa, ver Ravina(1990 a y 1990 b).
 - 12) Palacio 1939 : 46. Similar percepción es la de Julio Irazusta quien al incorporarse a aquella Academia en 1971 recordará : “quedamos en un ostracismo intelectual, equivalente a una emigración en el interior. El revisionista de la historia argentina debía renunciar a la notoriedad, a los honores y emolumentos, a las cátedras universitarias, a los cargos públicos de las reparticiones culturales del Estado a que podía aspirar por su mérito, el que lo tuviese” (J. Irazusta 1971 : 5).
- Sin embargo, en el caso de este “revisionista”, se debe tener en cuenta que no se negaba los aportes historiográficos “oficiales”. Escribe sobre los de la “nueva

escuela histórica” como Ricardo Levene y Emilio Ravignani : “Levene cumplió una tarea inestimable sobre la historia anterior al 25 de Mayo, aunque no tanto sobre la historia independiente ; [...] El mejor en mi opinión fue Ravignani. Para no referirme sino a su trabajo más importante, diré que su Introducción a los tres tomos de documentos sobre *La Liga Litoral* de una objetividad insuperable” (J. Irazusta 1974 : 242). Acerca de Levene y sobre todo Ravignani, el revisionista lo apreció del mismo modo ya en el epílogo de *Vida política de Juan Manuel de Rosas* (J. Irazusta 1953 : 350–351) y también en *Las dificultades de la historia científica* (1955 : 12).

- 13) Esta “alta cultura” parece inspirada en Gellner (1991), quien al observar un nacionalismo pone en cuestión si sus intelectuales obtienen o no el acceso a ella.
- 14) Resulta difícil ver a un marginal o un rebelde en Julio Irazusta quien en 1919 colaboraba en *Nosotros*, la revista más importante del país de entonces. Palacio a su vez escribía en *Martín Fierro*, la revista fundada por los jóvenes literarios en contraposición a *Nosotros*, pero en la década de 1930 éste y los hermanos Irazusta colaboraran en la revista *Sur* y asistieron frecuentemente a las reuniones organizadas por Victoria Ocampo en su casa, que según Julio (1975 : 227), “fue un hogar de amplios y libres debates entre espíritus de las tendencias más dispares y hasta opuestas”.
- 15) Halperín Donghi (1970) es el primero en señalar este “amateurismo” de la historiografía nacionalista.
- 16) J. Irazusta (1975 : 139). En el mismo libro, recuerda también que a fines del gobierno revolucionario fue ofrecido un plan –que no se realizaría– de editar una Historia Argentina en cuadernos ilustrados por la imprenta en la cual se había publicado *La Nueva República* (p. 203).
- 17) De hecho, unos meses después de la firma del Tratado Roca, ya en setiembre de 1933 Rodolfo Irazusta reflexionó sobre “una larga tradición” del liberalismo argentino remontando “su primer gran triunfo contra el “oscurantismo” a la expulsión de los jesuitas” (*Criterio*, 21–IX–1933).
- 18) Cf. Scalabrini (1940 a y 1940 b).
- 19) Por una parte, Scalabrini (*Señales*, 21–VIII–1935) defendió la obra de los hermanos Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*, contra el jurado del concurso municipal que no la había premiado y por otra parte, Rodolfo Irazusta (*Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, año II, núm. 5, julio de 1940) hizo los máximos elogios de *Política británica en el Río de La Plata* de Scalabrini.

- 20) Sobre el origen del rosismo, véanse Quattrocchi Woisson (1995 b : 297–298) y Zuleta Alvarez (1990 : 163–168).
- 21) Entre los autores más destacados figuran el del radical Dardo Corvalán Mendilaharsu, el del conservador Carlos Ibarguren, e incluso en 1923, el Instituto de Investigación Histórica de la Facultad de Filosofía y Letras dirigido por Ravignani, reeditó la ya mencionada obra de Quesada (Quattrocchi Woisson 1987 : 44–47). En cambio, Cattaruzza (1993 : 117) pone en duda tal relación entre la apariencia del radicalismo en poder y el rosismo “precursor”, subrayando el “nacimiento” del revisionismo en el “movimiento intelectual específico” nacionalista.
- 22) En este punto, estoy de acuerdo con Devoto (2000 : 205), quien apunta que *La Nueva República* asignaba a Rosas un papel “mucho menos encomiástico que lo que ya habían propuesto algunos publicistas en torno al centenario”.
- 23) Conviene recordar que Entre Ríos era la provincia desde la que Urquiza se alzó contra Rosas. Entrerriano de nacimiento, Julio Irazusta se recuerda como “un urquizista común”. “A las nociones comunes recogidas en el ambiente, en el colegio, en los libros, se sumaban las anécdotas familiares, las palabras de los mayores, y por último los papeles de mi casa, para llevar hasta el fervor la creencia en los méritos del héroe provincial”. Su abuelo, Cándido Irazusta, había sido amigo y colaborador del caudillo (J. Irazusta 1952 : 7–8).
- 24) La fundación del Instituto fue hasta cierto punto un hecho casual motivado por la llegada al país de un investigador norteamericano interesado en estudiar la historia económica de la época de Rosas (J. Irazusta 1975 : 235). Y hablando de los hermanos Irazusta en el Instituto, aunque eran sus fundadores, no escribían en esa revista con tanta frecuencia como se piensa. Títulos de los artículos que los hermanos publicaron en la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* son : R.Irazusta, “La conjuración antiargentina” y “*La política británica en el Río de La Plata* –por Raúl Scalabrini Ortiz–” (reseña) ; J.Irazusta, “Dictamen” y “Alberdi, verdadero y único precursor de la claudicación [I–III]”.
- 25) En 1934, cuando se organizó la Comisión pro repatriación de los restos del general Juan Manuel de Rosas, el trío neorrepublicano fue designado como integrantes de la comisión en condición de vocales, Palacio y Julio Irazusta, y de secretario, Rodolfo (*La Razón*, 3–IX–1934).
- 26) J. Irazusta (1935 : 61). Curiosamente, un poco diferente de Julio, quien como se vio, interpreta a la suma del poder como una disposición de emergencia, Rodolfo subraya su carácter plebiscitario y señala que con ella se estableció en la

Argentina “por primera vez la forma mixta del gobierno preconizada por Vico sobre la doctrina tradicional de Santo Tomás : la dirección personal, la colaboración de la capacidad, el asentimiento del pueblo” (*Criterio*, 21-IX-1933).

27) Ver por ejemplo Jauretche (1959 : 52-57).

28) Respecto a las maneras en que las distintas sociedades han imaginado la nación, el historiador italiano Chabod ha prestado atención sobre dos “ideas de nación”, la “naturalista” y la “voluntarista”. Según él (1961 : 19), mientras que en la primera se acentúa el elemento étnico-geográfico como un a priori indiscutible e insuperable, en la segunda adquiere gran importancia el concepto de libertad como elemento de legitimación del nuevo orden político. En los últimos años, el contraste entre estas dos “ideas de nación”, la nación “cultural” y la “política” –o aludiendo a los casos que se escoge como representativos : como “alemana” por un lado y “francesa” o “italiana” por el otro– ha sido recogido por los autores de nacionalismo, por ejemplo, entre muchísimos, Smith (1971 y 1986), Blas Guerrero (1984) y Jáuregui (1990).

29) Scalabrini 1931 : 38. Similar al concepto scalabriniano se encuentra en una conferencia dada en los años '20 por Alejandro E. Bunge. Este ingeniero y sociólogo (1928 : 18-19) dice que “no conoce bien a su raza un argentino que sigue creyendo, como es frecuente, que nuestra raza lleva estigmas imborrables de las sangres india y gaucha, de las sangres mulata y zamba, de la pereza y la arrogancia, olvidando que en los últimos cinco lustros se incorporaban cada año a la vida activa, además de 100.000 a 200.000 europeos, cerca de 100 mil jóvenes argentinos, hijos o nietos de europeos. [...] Son hijos de matrimonios celebrados en la Argentina entre nativos y personas de todas las razas que nos llegan, formando una nueva raza como fundida en un crisol, que trabaja y progresa”.

Bibliografía

- Anderson, Benedict. 1983. *Imagined Communities* (London : Thetford Press).
- Bárbaro, María Inés y Devoto, Fernando. 1982. *Los nacionalistas, 1910-1930* (Buenos Aires : Centro Editor de América Latina).
- Blas Guerrero, Andrés de. 1984. *Nacionalismo e Ideologías Políticas Contemporáneas* (Madrid : Editorial Espasa-Calpe).
- Buchrucker, Cristián. 1987. *Nacionalismo y peronismo : La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955* (Buenos Aires : Editorial Sudamericana).
- Bunge, Alejandro E. 1928. *La economía argentina* (Buenos Aires : Agencia General de Librerías y Publicaciones).

- Cattaruzza, Alejandro. 1993. "Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico", en Fernando J. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, tomo I (Buenos Aires : Centro Editor de América Latina).
- Chiaromonte, José Carlos. 1997. *Ciudades, Provincias, Estados : orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)* (Buenos Aires : Ariel Historia).
- Chabod, Federico. 1987. *La idea de nación* (México : Fondo de Cultura Económica) [edición original italiana fue publicada en 1961].
- De Estrada, José María. 1956. *El legado del nacionalismo* (Buenos Aires : Editorial Gure).
- Del Mazo, Gabriel. 1945. *El pensamiento escrito de Yrigoyen* (Buenos Aires : Edición Argentina)
- Devoto, Fernando J. 1993. "Estudio preliminar" en Fernando J. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, tomo I (Buenos Aires : Centro Editor de América Latina).
2000. "Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia". Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires en Buenos Aires.
- Galasso, Norberto. 1968. *Vida de Scalabrini Ortiz* (Buenos Aires : Edición Mar Dulce).
- García Mellid, Atilio. 1957. *Proceso al liberalismo argentino* (Buenos Aires : Editorial Teoría).
- Gellner, Ernest. 1991. *Naciones y Nacionalismo* (Buenos Aires : Alianza Editorial) [edición original inglés fue publicada en 1983].
- Góngora, Mario. 1986. *Ensayos histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago de Chile : Editorial Universitaria).
- Halperín Donghi, Tulio. 1970. *El revisionismo histórico argentino* (Buenos Aires : Editorial Siglo Veintiuno).
1985. "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", *Punto de Vista*, núm. 23 (abril de 1985).
- Hernández Arregui, Juan José. 1960. *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)* (Buenos Aires : Editorial Plus Ultra).
- Irazusta, Rodolfo y Julio. 1934. *La Argentina y el imperialismo británico. los eslabones de una cadena, 1805-1933* (Buenos Aires : Editorial Tor) [aprovechamos su edición publicada en 1973].
- Irazusta, Julio. 1935. *Ensayo sobre Rosas : en el centenario de la suma del poder, 1835-1935* (Buenos Aires : Editorial Tor) [aprovechamos su reproducción en el mismo autor, *Ensayos históricos* (Buenos Aires : Editorial La Voz

- del Plata, 1952)].
- 1941–1953. *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, 8 v. (Buenos Aires : Editorial Albatros) [su edición definitiva (Bogotá : Editorial Andes, 1975)].
1950. *San Martín y Rosas : Respuesta a Ricardo Rojas* (folleto) (Buenos Aires : Editorial La Voz del Plata).
1952. *Urquiza y el pronunciamiento* (folleto) (Buenos Aires : Editorial La Voz del Plata).
1955. *Las dificultades de la historia científica y el “Rosas” del Dr. E. H. Celsia* (folleto) (Buenos Aires : Editorial Alpe).
1964. *Adolfo Saldías* (folleto) (Buenos Aires : Ministerio de Educación y Justicia, Subsecretaría de Cultura, Ediciones Culturales Argentinas).
1971. “De la crítica literario a la historia”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XLIV.
1975. *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)* (Buenos Aires : Ministerio de Educación y Justicia, Subsecretaría de Cultura, Ediciones Culturales Argentinas).
- Jáuregui, Gurutz. 1990. *La nación y el estado nacional en el umbral del nuevo siglo* (Madrid : Centro de Estudios Constitucionales).
- Jauretche, Arturo. 1959. *Política nacional y revisionismo histórico* (Buenos Aires : Editorial Peña Lillo).
- Lugones, Leopoldo. 1916. *El payador* (Buenos Aires : s.e.) [aprovechamos su nueva edición (Caracas : Biblioteca Ayacucho, 1991)].
- Nakagawa, Noriko (Mutsuki de). 2001. “Continuidades y Cambios en el Nacionalismo Argentino : El caso de Julio Irazusta”. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires en Buenos Aires.
- Navarro Gerrassi, Marysa. 1969. *Los nacionalistas* (Buenos Aires : Editorial Jorge Alvarez).
- Palacio, Ernesto. 1939. *La historia falsificada* (Buenos Aires : Editorial Difusión).
1954. *Historia de la Argentina* (Buenos Aires : Editorial Abeledo-Perrot) [aprovechamos su edición publicada en 1992].
- Piñeiro, Elena. 1997. *La tradición nacionalista ante el peronismo : Itinerario de una esperanza a una desilusión* (Buenos Aires : Editorial A-Z).
- Quattrocchi Woisson, Diana. 1987. “Historia y contrahistoria en Argentina, 1916–1930”, *Cuaderno de Historia Regional*, UNLuján, vol.III, núm. 9 (agosto de 1987).

- 1995 a. *Los males de la memoria : Historia y Política en la Argentina* (Buenos Aires : Editorial Emecé).
- 1995 b. “El revisionismo de los años '20 y '30, rosistas y revisionistas : ¿los rivales de la historia académica?”, en la Academia Nacional de la Historia (ed.), *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)* (Buenos Aires : Academia Nacional de la Historia).
- Ramos, Jorge Abelardo. 1957. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (Buenos Aires : Editorial Amerindia).
- Ravina, Aurora. 1990 a. “La obra historiográfica de la Academia Nacional de la Historia (Argentina)”, *Revista de Historia de América*, núm. 109 (enero-junio 1990).
- 1990 b. “Historia, crisis e identidad nacional. La respuesta de una institución cultural argentina, 1938-1943”, en *Memorias del III Simposio Panamericano de Historia* (México : Instituto Panamericano de Geografía e Historia).
- Rock, David. 1993. *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública* (Buenos Aires : Editorial Ariel).
- Sarlo, Beatriz. 1982. “Vanguardia y criollismo : la aventura de *Martín Fierro*”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, año VIII, núm.14 (1^{er} semestre 1982) [aprovechamos su reproducción en Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Ensayos argentinos : De Sarmiento a la vanguardia* (Buenos Aires : Editorial Ariel, 1997)].
- Scalabrini Ortiz, Raúl. 1931. *El hombre que está solo y espera* [aprovechamos su nueva edición (Buenos Aires : Editorial Plus Ultra, 1983)].
- 1940 a. *Política británica en el Río de La Plata* (Buenos Aires : Editorial Reconquista).
- 1940 b. *Historia de los ferrocarriles argentinos* (Buenos Aires : Editorial Reconquista).
1946. *Tierra sin nada, tierra de profetas* (Buenos Aires : Editorial Reconquista).
- Scenna, Miguel Angel. 1970. *F. O. R. J. A. Una aventura argentina (De Yrigoyen a Perón)* (Buenos Aires : Editorial Belgrano)[aprovechamos su edición publicada en 1983].
1976. *Los que escribieron nuestra historia* (Buenos Aires : Ediciones La Bastilla).
- Smith, Anthony D. 1976. *Las teorías del nacionalismo* (Barcelona : Editorial

Península) [edición original inglesa fue publicada en 1971].

1986. *The Ethnic Origin of Nations* (Oxford : Basil Blackwell Publishers).

Troncoso, Oscar A. 1957. *Los nacionalistas argentinos* (Buenos Aires : Editorial S. A. G. A).

Zuleta Alvarez, Enrique. 1975. *El Nacionalismo Argentino* (Buenos Aires : Ediciones La Bastilla).

1995. “La política y los historiadores”, en la Academia Nacional de la Historia (ed.), *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893–1938)* (Buenos Aire : Academia Nacional de la Historia).